

---

EDUARDO ALONSO  
*El retrato del Schifanoia*

Barcelona, Muchnik, 1992, 89 pp.

**E**duardo Alonso viene alternando desde 1984 el cultivo de la novela histórica con el relato contemporáneo sin que las opciones de género ni la variedad de modos narrativos hayan modificado sustancialmente la polarización conflictiva entre experiencia colectiva y conciencia privada de sus personajes. Si algún criterio nos permite periodizar su producción en estos años habría de ser temático, porque ni la complejidad de las estructuras ni la extremada calidad de un estilo intenso y trabajado, de un lenguaje adecuado a cada situación, nos autorizan a establecer otro tipo de jerarquías entre sus cinco obras más recientes. A un ciclo temático en torno al siglo xvii –*Insomnio de una noche de invierno* (1984) y *Los jardines de Aranjuez* (1985)– sucede un desplazamiento de la atención del autor hacia el xviii –*Flor de jacarandá* (1985)–. *El retrato del Schifanoia* nos permite articular la lectura de este último ciclo con mayor propiedad: aunque la acción de la novela se sitúa en nuestros días, la ilustración y las luces son en ella referente intelectual, punto de origen del racionalismo moderno, que persiste como norma metódica en la mente del protagonista pero sin efecto alguno para contener el naufragio de los sentimientos y la sensación de fracaso vital.

Eduardo Alonso no busca en la novela histórica la evasión arqueológica, la inmersión unilateral a la manera clásica, sino que dispone planos temporales y perspectivas destinadas a filtrar en sus recreaciones las zozobras de nuestro tiempo. Sus propuestas tienden a patentizar la historicidad y dialéctica de los sentimientos, a explorar los desajustes entre la lógica de la Historia y las contracciones autodefensivas de la subjetividad individual canalizada preferentemente a través de la primera persona narrativa.



Por ello conviene evitar la tentación de suponer que con la vuelta a la actualidad, anticipada ya en *Las quimeras del gato* (1990), Eduardo Alonso esté ensayando una línea distinta de la que constituye hasta la fecha la motivación más sugestiva y valiosa de su escritura. Antes bien parece que se afirma en una vía que indaga en los círculos concéntricos o superpuestos de la ficción sin deterioro de los referentes históricos que la nutren. En el caso que nos ocupa el escritor opta por un texto intimista, medido en la construcción y en la expresión, situado en un presente extenso que se dilata entre la memoria y la proyección de fantasías del narrador-protagonista, por más señas historiador profesional y especialista en el siglo xviii. Así, *El retrato del Schifanoia* delata su estrecho parentesco genético con *Flor de jacarandá*, donde se insinuaban inquietudes emocionales prerrománticas en pleno Siglo de las Luces, y viene a ser su complemento por lo que revela del proceso sentimental de un intelectual de hoy, formado en los estertores de la razón ilustrada y perdido después en las procesosas incertidumbres de un agónico milenio.

Novela matizadamente masculina recoge toda la melancolía errática y el desvalimiento individual de Tomás Ridruejo, último eslabón de un modelo generacional imposible: el de los perdedores en la guerra civil. La frustración histórica del padre –un maestro depurado, “resistente sin esperanzas”– busca compensación en la “docilidad filial” (p. 25) para reafirmar una utopía moral basada en el trabajo intelectual, en la intachabilidad, condicionando la indecisión del hijo, la atonía vital que lo conduce a la crisis sentimental desencadenante del relato. El narrador-protagonista, desde su profesión de historiador confiesa la insuficiencia metódica de su oficio para llegar al fondo de la vida (p. 33) y reconoce tener más facilidad para juzgar descarnada y rigurosamente a los responsables de la historia colectiva que para el autoanálisis de sus propias insuficiencias sentimentales (p. 27). Aquí está el secreto de su fracaso. En contraste, Ana Nogales, la esposa –referente firme, entero, pragmático– poseeida de razón como requiere el actualísimo tópico del feminismo emergente que el autor bordea con inteligencia sin pretender agotarlo.

La quiebra de las utopías cívicas y sentimentales desata el misterioso cumplimiento de lo imaginario que constituye la sugestiva urdimbre de la fábula. *El retrato del Schifanoia* nos brinda la fenomenología de un proceso generador de ficción narrativa donde el recurso intertextual actúa como provocación del relato. De la obsesiva y huidiza imagen literaria de Micòl Finzi-Contini (suscitada por la morosa lectura de Giorgio Bassani) se pasa gradualmente a la fantasía iconográfica sugerida por el rostro femenino contemplado en un fresco renacentista del museo Schifanoia de Ferrara y, desde él, a la aparición física de Chiara Silone, una joven investigadora ferraresa emparentada para mayor maravilla del lector con los Finzi-Contini y especializada en *castrati* (otro motivo recurrente en los dos últimos libros del autor), punto final de una aventura imaginaria que genera realidad y se cierra con el regreso del protagonista a Salamanca, apresado en un nuevo ciclo de ansiedades y atonías cotidianas.



Ficción pluralizada –en el tiempo y en el espacio–, sin renunciar a alguna reflexión metanarrativa justificada por la conciencia intelectual de un narrador que recurre al texto como aclaración de sus incertidumbres o como medio de expresar su nostalgia racionalista, al tiempo que va enhebrando contradictoriamente los secretos hilos entre vida y ficción como medio de salvación personal, sin desligarse de la Historia y, no obstante, como si tratara de sustraerse a sus efectos, “consciente de la necesidad de que los sueños enmienden la vulgaridad de los días” (p. 88).

Quizás no sea vano insinuar que la alusión a *El jardín de los Finzi-Contini* (1962) actualiza unos modelos narrativos italianos, ya bastante olvidados, que tuvieron su peso en la formación generacional del autor y a los que –sospecho– no acude ahora por capricho, sino por fidelidad a un realismo crítico de sabor nostálgico, madurado a golpes de desilusiones colectivas y compatible con heridas románticas que distan mucho de haber sido restañadas a estas alturas de siglo.

CECILIO ALONSO